

# I

Un amanecer memorable de principios de diciembre, Londres despertó en mitad de una helada niebla gris. Hay mañanas en las que esta reúne en la ciudad sus moléculas de carbono en apretados escuadrones, mientras, en las afueras, las esparce tenuemente; de tal modo que un tren matinal que se dirigiera al centro nos llevaría del crepúsculo a la oscuridad. Pero aquel día las maniobras del enemigo eran más monótonas. Desde Bow hasta Hammersmith se arrastraba un vapor bajo y apagado, como el fantasma de un suicida pobretón que hubiera heredado una fortuna inmediatamente después del acto fatal. Los barómetros y termómetros compartían simpáticamente su depresión, y su ánimo, si es que les quedaba alguno, estaba por los suelos. El frío cortaba como un cuchillo de muchas hojas.

La señora Drabdump, residente del número 11 de Glover Street, en el distrito de Bow, era una de las pocas personas en Londres a quienes la niebla no conseguía deprimir. Comenzó la jornada con su rutinaria apatía. Había sido de las primeras en darse cuenta de la llegada del enemigo, distinguiendo las hebras de niebla enrolladas en la oscuridad en el mismo momento en que subió la persiana del dormitorio y desveló el cuadro sombrío de la mañana

de invierno. Supo que la niebla había venido, como poco, a pasar el día, y que la factura trimestral del gas iba a alcanzar un récord. También supo que esta circunstancia se debía a que había permitido que su nuevo huésped, el señor Arthur Constant, pagara la suma fija de un chelín semanal por el consumo de gas, en lugar de cobrarle una parte de la factura de toda la casa. Los meteorólogos habrían sido capaces de salvar del descrédito a su ciencia si hubieran podido contar con la factura del gas de la señora Drabdump antes de predecir el tiempo y dar como favorito «nieve» frente a «niebla». Y aunque era esta última la que estaba por todas partes, la señora Drabdump no se atribuyó ningún mérito por su presciencia. En realidad, no se concedía crédito por nada; seguía su camino tenazmente, luchando a lo largo de la vida como un nadador agotado que tratara de alcanzar el horizonte. El hecho de que las cosas siempre fueran tan mal como ella había previsto no la regocijaba en absoluto.

La señora Drabdump era viuda. Las viudas no nacen, sino que se hacen; de otro modo uno habría imaginado que la señora Drabdump siempre lo había sido. La naturaleza le había dado esa figura alta y enjuta y ese rostro pálido y alargado, de labios estrechos, mirada dura y peinado dolorosamente tieso que se asocian siempre a la viudez en la clase baja. Solo en los círculos sociales más altos las mujeres pueden perder a sus maridos y seguir siendo encantadoras. El difunto señor Drabdump se había arañado la base del pulgar con un clavo oxidado, y el presentimiento de la señora Drabdump de que iba a morir de tétano no

le impidió luchar día y noche contra la sombra de la Muerte como ya lo había hecho antes, en vano, en dos ocasiones: cuando Katie murió de difteria y el pequeño Johnny, de escarlatina. Tal vez se deba al exceso de trabajo entre los pobres que la Muerte se haya desgastado hasta quedar reducida a una sombra.

La señora Drabdump estaba encendiendo el fuego de la cocina. Lo hizo científicamente, sabedora de la obstinación con que el carbón y la madera se resisten a convertirse en humo a no ser que se les meta en cintura. La ciencia triunfó, como de costumbre, y la señora Drabdump se levantó contenta, como una sacerdotisa parsi que hubiera concluido sus plegarias matutinas. De pronto, se sobresaltó violentamente hasta casi perder el equilibrio. Su mirada se había posado sobre las manecillas del reloj de la repisa de la chimenea. Señalaban las siete menos cuarto. La ceremonia del fuego de la cocina terminaba invariablemente a las seis y cuarto. ¿Qué le había pasado al reloj?

La señora Drabdump tuvo una visión fugaz de Snooppet, el relojero del barrio, reteniendo el reloj durante semanas y devolviéndolo luego solo superficialmente reparado y herido en secreto en su estructura profunda, todo «por el bien del negocio». La maligna visión se fue por donde había venido, exorcizada por el sonoro repicar de las campanas de St. Dunstan, que daban los tres cuartos. Pero un gran horror ocupó su lugar. Su instinto había fallado: la señora Drabdump se había despertado a las seis y media en lugar de a las seis. Ahora comprendía por qué se sentía tan aturdida, extraña y somnolienta: había dormido más de la cuenta.

Molesta y desconcertada, se apresuró a colocar el hervidor sobre el carbón crepitante. Descubrió, un segundo después, que se había quedado dormida porque el señor Constant deseaba que se le despertara tres cuartos de hora antes de lo habitual y que se le sirviera el desayuno a las siete, ya que debía dirigirse a una reunión matinal de trabajadores del tranvía descontentos. Al fin, palmatoria en mano, se apresuró hacia su dormitorio, en el piso de arriba.

Todo «lo de arriba» —que consistía tan solo en dos habitaciones independientes— era dominio exclusivo de Arthur Constant. La señora Drabdump llamó despiadadamente a la puerta de la habitación que su inquilino utilizaba como dormitorio, exclamando:

—Son las siete. Llegará usted tarde, señor. Debe levantarse de inmediato.

El acostumbrado «muy bien» no fue inminente, pero, como ella había variado el saludo matinal, su oído no esperaba el eco. Bajó las escaleras sin ningún presentimiento, salvo que el hervidor podía quedar en segundo puesto en la carrera entre su punto de ebullición y la presencia de su inquilino listo para irse.

Hasta donde ella sabía, no había peligro de que Arthur Constant hiciera oídos sordos a la llamada del deber —momentáneamente representado por la señora Drabdump—. Tenía el sueño ligero, y las campanillas de los conductores del tranvía probablemente resonaban en sus oídos, convocándolo a la reunión.

La señora Drabdump no podía comprender por qué Arthur Constant, licenciado, con sus manos y camisas blancas, un caballero de los pies a la cabeza, debía ocuparse de los tranviarios, cuando, por su

fortuna, se podía haber limitado a relacionarse con los cocheros de punto. Es probable que aspirara a representar a Bow en el Parlamento, pero, en ese caso, le habría convenido más alojarse con una casera que poseyera un voto por tener un marido vivo. Tampoco parecía de un gran sentido común su deseo de lustrar sus propias botas (una ocupación en la que no era precisamente brillante), ni el hecho de vivir, en todos los sentidos, como un obrero de Bow. Estos no eran aficionados al agua: ni en vasos, ni en bañeras, ni en lavanderías. Tampoco se alimentaban de los manjares con que le agasajaba la señora Drabdump, quien le aseguraba que eran el condumio habitual de los artesanos, pues no podía soportar que ingiriera algo que no correspondiera a su posición. Arthur Constant abría la boca y comía lo que su casera le daba, no cerrando los ojos, según el protocolo, sino manteniéndolos bien abiertos. Sin embargo, es difícil para el santo ver a través de su propio halo y, a menudo, una aureola alrededor de la cabeza no se distingue de un banco de niebla.

El té que estaba a punto de hervir en la quisquillosa tetera de la señora Drabdump no consistía en la mezcla barata de negro y verde que acostumbraba a tomar con el señor Mortlake, quien vino a su memoria junto con los demás pensamientos sobre el desayuno. ¡Pobre señor Mortlake, que había partido a las cuatro en ayunas hacia Devonport, en medio de la oscura niebla de una noche invernal! Al menos, confiaba en que su periplo fuera debidamente recompensado y aplaudido, y en que sacara buen provecho de los «gastos de viaje», como le echaban en cara los líderes labo-

ristas rivales. La señora Drabdump no le recriminaba sus ganancias, ni era asunto suyo sí, como insinuaban, tenía en mente algo más que beneficiar a su patrona al advertir al señor Constant de las habitaciones que le quedaban vacantes. El caso es que le había hecho un favor, tan extraño como el inquilino que le presentó.

El apostolado de Tom Mortlake entre los trabajadores no había sorprendido a la señora Drabdump: antes había sido cajista, y el proselitismo era obviamente una profesión mejor pagada y de un estatus social más alto. *Tom Mortlake, el héroe de las cien buelgas*, impreso en un cartel en letras de molde, era sin duda mejor que Tom Mortlake escribiendo con esas mismas letras el nombre de otras personas. Sin embargo, no todo el trabajo consistía en beber cerveza y jugar a los bolos, y la señora Drabdump tenía la impresión de que esa otra faceta de su empleo no era nada envidiable. Sacudió la puerta de la habitación de Mortlake de camino a la cocina, pero no obtuvo respuesta. La puerta de la calle se encontraba apenas a unos pies del pasillo, y de un solo vistazo disipó la última esperanza de que Tom hubiera cancelado el viaje. El cerrojo y la cadena no estaban echados; solo el pestillo aseguraba la puerta.

La señora Drabdump sintió una pizca de inquietud, a pesar de que, todo sea dicho, nunca había experimentado el temor que sufren la mayoría de las amas de casa a criminales que jamás se presentan. Unas cuantas puertas más allá, al otro lado de la calle, vivía el famoso exdetective Grodman y, con bastante poca lógica, su proximidad transmitía a la señora

Drabdump una curiosa sensación de seguridad, como la de un creyente que viviera a la sombra de un templo. Que un ser humano con tufo a criminal se acercara conscientemente a menos de una milla de tan renombrado sabueso le parecía altamente improbable. Aunque en plena forma, Grodman se había retirado, y si bien ahora no era más que un perro adormilado, los delincuentes aún deberían tener el sentido común necesario para dejarle descansar.

Así que la señora Drabdump no temía ningún peligro, especialmente tras un segundo vistazo a la puerta de la calle, que le mostró que Mortlake había sido lo bastante considerado como para deslizar el pestillo. Se permitió otro pensamiento de afecto hacia el líder laborista que se dirigía tristemente hacia el astillero de Devonport. No es que le hubiera contado nada de su viaje fuera de la ciudad, pero sabía que Devonport tenía un astillero porque Jessie Dymond, la novia de Tom, mencionó una vez que su tía vivía cerca de allí, y era evidente que Tom había acudido a ayudar a los estibadores, quienes estaban imitando a sus hermanos londinenses. La señora Drabdump no necesitaba que le dijeran las cosas para estar al tanto de ellas.

Fue a preparar el té extrafino del señor Constant, preguntándose vagamente por qué la gente parecía tan descontenta hoy en día. Pero cuando llevó la bebida, la tostada y los huevos a la sala de estar del señor Constant, contigua a su dormitorio, aunque sin comunicación con él, descubrió que no estaba allí. Encendió el gas, extendió el mantel, volvió al rellano de la escalera y golpeó la puerta con una palmada imperativa. Silencio. Pronunció su nombre

y le dijo la hora, pero solo se escuchó su propia voz, que le sonó extraña bajo las sombras de la escalera. Después murmuró para sus adentros: «Pobre hombre, ayer le dolían las muelas, y puede que apenas haya conciliado el sueño. Es una pena molestarle por una pandilla de conductores llorones. Le dejaré dormir hasta la hora de costumbre». Se llevó la tetera escaleras abajo con una luctuosa y casi poética conciencia de que los huevos pasados por agua, como el amor, acabarían por enfriarse.

Cuando dieron las siete y media, volvió a llamar. Pero Constant seguía durmiendo.

Las cartas de Constant, siempre curiosamente variadas, llegaron a las ocho, y poco después lo hizo un telegrama. La señora Drabdump sacudió la puerta, gritó, y finalmente deslizó el telegrama por la ranura inferior de esta. Aunque el corazón le latía con fuerza, sentía como si una serpiente fría y pegajosa lo atenazara. Bajó de nuevo, giró el picaporte de la habitación de Mortlake y entró, sin saber por qué. La colcha de la cama delataba que el ocupante había dormido encima, como si temiera perder el primer tren. No había esperado ni por un segundo encontrar a Mortlake en la habitación y, sin embargo, tuvo por primera vez la conciencia de estar sola en la casa con el durmiente Constant. La viscosa serpiente abrazó con fuerza su corazón.

Abrió la puerta y escudriñó nerviosamente los alrededores, arriba y abajo. Eran las ocho y media. La callecita se extendía fría y silenciosa en la niebla gris, parpadeando con ojos legñosos en sus extremos, donde titilaban las farolas. No se veía a nadie



por el momento, aunque el humo se elevaba desde multitud de chimeneas para salir al encuentro de su hermana niebla.

Al otro lado, en la casa del detective, las ventanas seguían cerradas y las persianas bajadas. Sin embargo, el aspecto familiar y prosaico de la calle la tranquilizó. El aire helado la hizo toser; cerró la puerta y volvió a la cocina a preparar otro té para Constant, que debía de gozar de un profundo sueño. La lata tembló en su mano. No sabía si se le había caído o la había arrojado al suelo, pero no tenía nada en la mano con la que, un segundo después, aporreaba la puerta de su inquilino. Sus golpes quedaron otra vez sin respuesta. En un arrebato frenético, en el que ya apenas recordaba que el objetivo era despertar a su huésped, la señora Drabdump descargó golpe tras golpe, hasta casi desencajar los paneles inferiores a fuerza de puntapiés. Giró el picaporte y trató de abrir la puerta, pero estaba cerrada por dentro. La resistencia le recordó, en una sacudida de repentina decencia, que había estado a punto de irrumpir en el dormitorio de Constant. El terror se apoderó de ella una vez más. Tuvo la sensación de que estaba sola en la casa con un cadáver.

Se dejó caer al suelo, encogida, sofocando a duras penas el deseo de gritar. Después, se levantó de un salto y, sin mirar atrás, bajó a toda prisa las escaleras, salió corriendo a la calle y no se detuvo hasta encontrarse frente a la puerta de Grodman, sacudiendo violentamente la aldaba. Pasado un momento, se abrió la ventana del primer piso —la casa tenía la misma planta que la suya— y el rostro

relleno y carnosos de Grodman surgió de la niebla, somnoliento e irritado bajo el gorro de dormir. A pesar de su ceño fruncido, la cara del exdetective amaneció sobre ella como el sol sobre el ocupante de un cuarto embrujado.

—¿Qué diablos ocurre? —gruñó Grodman.

No era un pájaro madrugador, ahora que ya no tenía que salir a buscar lombrices. Podía darse el lujo de despreciar refranes como este gracias a que era el propietario de su casa y de otras de la misma calle. En el barrio de Bow, donde algunos inquilinos tienden a desaparecer durante la noche dejando facturas pendientes, resulta conveniente para un casero no alejarse demasiado de sus propiedades. Tal vez, también tenía algo que ver con la elección de su lugar de residencia el deseo de disfrutar de su grandeza entre los amigos de la infancia, pues había nacido y crecido en Bow, en cuyo cuartel de Policía local había ganado sus primeros chelines trabajando como detective *amateur* en sus ratos libres.

Grodman aún estaba soltero. Quizás la agencia matrimonial del Cielo podía haber seleccionado una pareja para él, pero no había sido capaz de encontrarla. Fue su único fracaso como detective. Era un hombre autosuficiente que prefería un fogón a una criada, pero que, como concesión a la opinión pública de Glover Street, había admitido a una muchacha entre las diez de la mañana y las diez de la noche; y que en deferencia a esa misma opinión, prescindía de ella entre las diez de la noche y las diez de la mañana.

—Venga de una vez —exclamó la señora Drabdump—. Algo le ha ocurrido al señor Constant.